

CAPÍTULO I

LA NOTICIA

El telediario aquella mañana comenzaba con una noticia sorprendente.

El reportero sostenía el micrófono con la mano derecha, mientras que con la izquierda presionaba el pinganillo que llevaba en la oreja para poder escuchar lo que le decían desde el plató. Había tanta gente apiñada en la plaza del ahora famoso pueblo que se le hacía muy difícil enterarse de lo que le preguntaban los presentadores del noticiario de máxima audiencia del día.

—¿Se me escucha? Aquí el griterío es indescriptible. Estamos esperando a que el alcalde de Miralpino de la Sierra se asome al balcón para confirmar la noticia que tiene a todo el mundo expectante. Se han reunido en esta plaza de escasos metros cuadrados medios de comunicación venidos desde los cuatro puntos cardinales.

—Gracias, Carlos, nuestro corresponsal en Miralpino. Parece que ha salido el alcalde al balcón y se hace el silencio entre todos los asistentes. Damos paso de nuevo a nuestras cámaras en directo — terminó la presentadora con una sonrisa de dientes impecables.

El alcalde tenía la cara muy seria. Parecía que iba a anunciar la muerte de alguien importante o que hubiese perdido su equipo de fútbol en el descuento por penalti injusto.

—Queridos vecinos de Miralpino de la Sierra, a partir de hoy... quedan terminantemente prohibidos los teléfonos móviles.

Una gran algarabía inundó la plaza. Esto era más sorprendente aún que la propia noticia. La cara de Carlos, el reportero, era un poema. Seguía agarrando el micrófono y el pinganillo, pero no hablaba. Simplemente giraba la cara hacia todos lados contemplando semejante alegría entre los hombres y mujeres de aquel pueblo. Finalmente, miró a cámara, encogió los hombros y se preguntó en voz alta.

—Pero ¿estos tíos están locos?

La señal se cortó de inmediato y el plano de los dos presentadores del telediario ocupó las televisiones del país. Ella daba codazos a su compañero que estaba mirando su móvil en ese momento y le había pillado por sorpresa.

—¡Ejem! Perdón... Cosas del directo. Bueno señores, esto ha sido todo desde Miralpino de la Sierra. Un puñado de locos que han prohibido los teléfonos móviles. ¿Se imaginan que se lo prohibieran a ustedes? Yo no sé qué haría..

—Para empezar, que no te pillen en directo... —ironizó por lo bajini la presentadora.

—¿Qué dices? —respondió con visible enfado él.

—Nada, nada. Yo lo que me pregunto es ¿por qué han tomado esta decisión?

—Sí, Laura, eso nos preguntamos todos. Mientras salimos de dudas, vayamos a publicidad.

Una señora con una camiseta blanca entre las manos hablando sobre la suciedad y el barro que acumulaban sus hijos en la ropa abrió

el bloque de anuncios. Normalmente todos habrían cambiado de canal hartos de *spots* de detergentes, pero aquella vez nadie acercó la mano al mando a distancia. Todas las miradas estaban puestas en sus teléfonos móviles.

¿Qué había llevado a ese pueblo a acabar con ellos? ¿Qué harían si les quitasen sus preciados tesoros?

¿Tú te estás preguntando lo mismo?

Pues tendremos que rebobinar la historia un año atrás, cuando llegó el Telefonista de Miralpino.